

Luis Sánchez Latorre (1)

Miedo (2)



EN la noche de ayer, dos hombres peleaban sobre el techo de la casa. Yo veía recortarse sus siluetas contra un cielo tenebroso. Ellos, sin duda con el ardor del combate, no se percataban de mi presencia en la ventana débilmente iluminada. Cerré las persianas y miré de nuevo a la prisionera. «Debo preparar el revólver», dije, mordiendo las palabras. Ella me observó, risueñas sus grandes pupilas negras, e intentó debatirse en el lecho. Pero las ligaduras eran firmes. Yo no sentía el más leve temor de que se escapara.

Con el arma ya dispuesta entre mis nerviosos dedos, me aposté otra vez allí, exactamente detrás de la ventana. Ellos forcejeaban silenciosos, y sus figuras crecían hasta lo increíble por momentos. Me quedé sumido en la quietud; ni un ligero rumor se descolgaba por la tersa calma de la atmósfera.

Un desvaído claror, quizás si brotado del cuarto, se deslizaba a trechos por la arboleda del inmenso patio en penumbras.

(1) Nació en Santiago en 1925 y a pesar de su juventud es un periodista experto. Sus cuentos, de factura suprarreal, influenciados por Julien Green, Faulkner y otros autores modernos, revelan fluidez de estilo, rica imaginación, dinámico talento. Prepara su primer libro: «Las ratas huyen en la primavera».

(2) Inédito.

Yo, sin el menor estremecimiento, oteaba, preparándome a disparar cuando la ocasión se presentase.

—Ellos no conseguirán verte—murmuré, sin mirarla. Sólo presentía su imagen a mis espaldas. «Nunca la he considerado más segura. Está allí más segura que en el mismo sótano».

—¡Cristián...! ¿Cuándo terminará el suplicio?, piensa que no podré pasarme así toda la vida... Te amo como a nadie... Soy tuya, mírate en mis ojos...

Qué pura, qué transparente es la voz de Clara. Ni siquiera los sollozos se atreven a empañarla. Pero ella es mi prisionera. Ella es mi esposa. ¿Quién no lo sabe? Mía. Yo creo que nunca la amé tanto. Tres años de lucha y esta sensación maldita no me la va a apaciguar nadie. Yo imagino de pronto que es la fiebre lo que a uno se le mete por el pecho. No es la primera vez. Siempre tuve miedo de la despena. Mi madre solía enviarme a ella. Era oscura, maloliente. No. Porque le temía digo «maloliente». Era más bien un perfume de cosas viejas: una fragancia de cebollas colgadas largamente lo que hería mi olfato. Y ese vidrio roto donde yo colocaba la frente, antes de decidirme a entrar. Recuerdo ingrato. El vidrio tenía unas franjas de papel antiguo que me producían ganas de llorar tendido junto a la puerta herrumbrosa. Después venía la humedad. Y esas enormes telas que las arañas habían tejido en torno a los postigos carcomidos. Una vez juré incendiar aquello... Pero yo digo que eran los gusanos los que verdaderamente me causaban espanto. De un verde más bien oscuro. Reptando con toda solemnidad entre los canastos repletos de frutas secas. Yo acostumbraba a aplastarlos lentamente con mi pie, hasta que de ellos salía una verde cosa líquida. Entonces sentía náuseas. Deseos de vomitar encima de las frutas almacenadas por mi madre... Y salía con los ojos hormigueantes por las ganas de llorar... Se me ocurre que son los gusanos de un verde más bien oscuro los que ahora se me introducen en el cuerpo... Pero no debe ser verdad. ¿Verdad que no es cierto Cristián? Nadie responde ni una sílaba. ¿Será que Cristián también es un cobarde? Lo dudo. Lo dudo. Siempre fuiste un hombre.

Solapadamente escruté ese cuerpo gracioso, casi etéreo, que descansaba en el lecho. A la luz menguada de la lámpara su perfil se hacía más bello. ¡Quién lo hubiera dicho! Más bello que entonces...

«Eso» empezó hace justamente tres años; los finos agujones de la tortura fueron penetrando en mi cuerpo. Yo diría que era algo así como un presentimiento fatalista de un hecho que habría de venir tarde o temprano. Y ella: «Tus celos», acostumbraba a repetir rítmicamente, meciéndose con suavidad en el canapé. El aroma indefinible de unas anémonas saturaba la atmósfera del cuarto. ¿Qué vino enseguida? No recuerdo con exactitud, pero sé que ella había dejado de sonreírse. Yo no olvidaba que sus ojos estaban siempre horadando mi cráneo. Sobre todo, cuando le daba la espalda. Antes su risa fué incrédula, ahora temblaba, no sabría explicar si de temor.

«Eso» comenzó exactamente un día de Navidad. Ella aparece de pronto, saltando como un perrillo jubiloso a mi lado. Un collar que yo no conocía le colgaba sobre el pecho. («Una buena suma ¡eh!»). Nada le dije. Pero mis pupilas hablaban con un lenguaje llameante. «Mi padre», dijo una y otra vez. No le creí ni una palabra...

Al día subsiguiente, abandonábamos precipitados aquella ciudad enfermiza.

Hace un mes, más o menos, empecé a notar que las cosas cambiaban nuevamente. Me encontré con un aire mortificante; seres extraños cruzaban a toda hora frente a mi puerta... Un tipo de monóculo y elegante traje negro, clavó, una tarde, sus ojos persistentes en los míos. Sí. Era a mí a quien observaba. Plaza de los Héroe. Distancia pequeñísima de nuestro cuarto. Lo interrogué de inmediato. No supo responderme al instante. Retorcía con torpeza sus guantes por debajo de unos pulgares blancos y largos. Logró balbucear: «Mi padre... es igual... Usted per... done».

Yo le hubiera molido a golpes ahí mismo; pero este vigi-

lante que se acercó desconfiado... ¡Hum! Gracias a él se me escapaba. En casa, estuve dándole vueltas a sus palabras. Lo mismo de Clara. No debía seguir cavilando. La duda adquiriría un tono de espantosa verdad. Desde entonces ella es mi prisionera...

Y anoche ví a dos individuos peleando en el techo de mi casa. Los examiné minuciosamente; creí reconocer en uno al tipo del monóculo y el correcto traje negro. Por eso es que preparé mi revólver, con la firme intención de hacer fuego cuando la ocasión se presentase.

Ciertamente, la idea que se me acababa de ocurrir no era mala del todo. Fuí al lecho de Clara (su aliento me dió de lleno en el rostro; estaba enervándome. «Yo me contengo. Yo me contengo», pensaba. Pero sus pezones inquietos me quemaban al simple contacto) y corté con rapidez sus amarras. Ella parecía estar dolorida; muchísimo le costó recobrar la elasticidad de los músculos. Sentóse en la cama y me miró atónita.

—¿Qué piensas hacer ahora?—musitó apenas.

Yo sonreí (creo que mi sonrisa debió causarle pavor, porque la vi llevarse sus pálidas manos a los ojos).

—¡Anda! camina hasta la ventana y dime qué ves...

Ella avanzó lentamente, con el largo y frágil camisón de noche ceñido a ese cuerpo que yo amo. Era su cuerpo eso que mis pupilas, igual que unas manos recién desatadas, recorrían ansiosas. Era el suyo (¡el tuyo Clara, vida!). Tuve unos irresistibles deseos de empujarla hacia atrás. Como la primer vez que lo hiciera. Cuando ella modulaba, aprensiva: «No; me da miedo. No; eso me daña». Y yo besando pausadamente sus pechos y aplastando después mis labios en su boca encendida. Sin diferencias con aquello del molino, hace varios años. Casi lo mismo. La noche fresca, rumorosa, se me entraba por las venas. Yo nunca supe si en ese momento pertenecía al mundo. Lo cierto es que Clara me decía no se qué, llena de temblores, y estaba ahí, a mi lado, tendida con su ropa deshecha por mi furia del comienzo. Y durante toda la noche estuve aprisionándola en

mis brazos, y ella apretando sus cálidas piernas a las mías, mientras el aire me traía a las narices un tibio olor de pasto seco abandonado.

Pero yo aparenté una indiferencia, que nunca sentí, cruzado de brazos al borde de la cama. La veía agitarse febrilmente.

Estuvo allí durante algunos segundos. Cuando volvió, quiso arrojarse a mis brazos. Yo la rechacé casi con rabia. Ella sollozó, poniendo el rostro sobre sus manos. (Yo me decía, quedo: «Verdugo. Abominable, pérfido verdugo»). No obstante, me tranquilicé, reflexionando en lo doloroso de mi herida, y sobre todo, pensando en el asombroso poder que hube de usar para conservarme frío, inmutable.

Con mucho tiento, fuí atando otra vez las fuertes ligaduras. Había lágrimas de un brillo desconocido en sus grandes pupilas negras. El pecho convulso, parecía queier estallarle.

—Ahora dime: ¿lo reconoces, eh?

—Cristián, es tu delirio... Yo, sé que es tu delirio. Ah no hay nada... La fiebre te pone enfermo.

«¿Habéis oído? ¡A mí la fiebre me pone enfermo! Ahora también sabe mentir. ¡Y de qué modo! Hace un mes que ella es mi prisionera; nunca fué capaz de decir tamañas cosas. Esto es triste. Horriblemente triste...».

Desde mi observatorio en la ventana, escruté a los dos hombres que aún pugnaban furiosos por vencerse. Yo me gozaba pensando en el que resultase triunfador. Ese, y no otro, sería el blanco de mis balas. Ese, y no otro...

De improviso, vi alzarse triunfante al tipo del monóculo. El otro permanecía quiéto, como si la muerte no se hubiera hecho esperar. Sí. Era él. Mis ojos no se engañaban. Su elegante silueta, ahora un poco estropeada, se percibía inconfundible contra el cielo profundamente turbio. Y hacia él apunté el cañón de mi revólver. Sin premura lo fuí gatillando. Recuerdo que hace innumerables años vi algo parecido en otra parte. Quizás si en el cine. No sé precisar. La verdad es que el tipo giró sobre

sus talones y cayó pesadamente sobre el techo, produciendo el mismo ruido de un saco repleto de leños cuando cae en el piso. Clara tenía sus grandes pupilas negras llenas de lágrimas y miedo.

—El está muerto... —balbuceé, al cabo de un rato.

—Duerme tú, mi Cristián... soy tuya, te velaré el sueño; ella posaba unos dedos acariciantes en mis cabellos húmedos de sudor—soy tuya... y debo velar tu sueño... Sufres mucho mi Cristián... duerme aquí, a mi lado...

Un sopor rítmico y subyugante se apoderaba de mi cabeza torturada. El eco de los estampidos, cada vez más lejos. Se fugaban, sin duda. Y la voz que uno quiere, endulzándole el oído. Alcancé a decirme: «Mañana habré cambiado. Mañana seré otro».

Ella estaba ahí, velando mi sueño.